

CIRO, UN NIÑO DE VISIÓN

Por *Rosemary Brown*

CIRO MacCormick nació a principios del siglo XIX en el Estado de Virginia Occidental, Estados Unidos. Una mañana, cuando tenía siete años, se dirigió apresuradamente al patio de la granja porque quería ver cómo su padre guardaba en el tinglado una máquina que él había hecho. Ciro estaba muy triste porque su padre había decidido abandonar allí esa máquina, y no tocarla más.

-Papá, no digas que abandonarás ahí esa máquina -se aventuró a decir Ciro, muy apenado.

-Sí, hijo. Me parece que he perdido el tiempo tratando de fabricar una cosechadora. Quizás no sea la voluntad de Dios, y él quiera que continuemos recogiendo el grano con nuestras manos. Desde hace años me he empeñado por arreglar y reparar esta máquina, pero parece que todo ha sido en vano. Y ahora he decidido no volver a tocarla más.

Pero Ciro MacCormick no se separó de la máquina y allí estaba mucho tiempo después de que su padre la dejara. Sus dedos acariciaron la plataforma de madera y el tosco tambor. No estaba convencido de que esa máquina no servía. Tampoco creía que Dios no quería que funcionara. Pensó entonces en las largas horas que los segadores tenían que trabajar bajo el sol ardiente para cortar el cereal y atarlo en gavillas. ¡Cuánto más fácil les resultaría el trabajo si esa máquina que había inventado su padre hubiera funcionado como debía! "Oraré -pensó Ciro-, y si es la voluntad de Dios, algún día aprenderé a perfeccionar la máquina de papá".

Ciro tenía que realizar muchas tareas en la granja de su padre, pero nunca estaba demasiado ocupado como para no visitar diariamente el tinglado donde estaba la cosechadora. Y allí estudiaba cuidadosamente cada engranaje de madera y pensaba en cómo podría mejorarlos. No había una sola parte de la máquina que hubiera escapado a su atención, y cuando cumplió diez años, hubiera sido capaz de desarmarla completamente y de volver a armarla.

El Sr. MacCormick notó el profundo interés que su hijo mostraba en la cosechadora, y trató de desanimarlo.

-Es inútil, hijo -solía decirle-. Para perfeccionar esa máquina se requeriría mucho dinero que necesitamos para otras cosas y, además, nunca llegará a funcionar bien.

Pero Ciro no pensaba así. Trató de explicarle a su padre cómo pensaba él que podrían mejorarse los engranajes para que funcionaran con más suavidad, y cómo podrían hacerse nuevas piezas de fundición.

El Sr. MacCormick no estaba convencido de que su hijo tendría éxito en lo que se proponía hacer pero, para complacerlo, le dio permiso para que trabajara en esa máquina y hasta él mismo volvió a dedicarle tiempo.

Cada vez que los vecinos de MacCormick sembraban sus campos, lo hacían con la esperanza de que quizás los cosecharían con la nueva máquina. Pero siempre se veían en la necesidad de volver a sus guadañas y al viejo método de atar a mano las gavillas de cereal.

Las semanas se transformaron en meses y los meses en años, y finalmente muchos perdieron su fe en la cosechadora y se convencieron de que nunca resultaría práctica. Y el Sr. MacCormick participaba de la misma idea. Pero eso no ocurrió con Ciro. Cada fracaso le servía de estímulo para volver a probar.

Una tarde de otoño, como tantas veces lo había hecho en ocasiones anteriores, Ciro ató a su cosechadora cuatro caballos percherones y se dirigió al cuadro de cereal de uno de los vecinos. Y, como siempre, los obreros - esperaron a un lado, con sus guadañas, listos para trabajar tan pronto como la máquina fallara.

Pero esta vez la cosechadora no faltó. Dios una vuelta alrededor del campo y luego dio otra, cortando siempre las doradas espigas de trigo, que iban cayendo en la plataforma de la máquina.

Los vecinos quedaron asombrados.

-¡Por fin lo logró! ¡Ciro tiene por fin una cosechadora!



Pero el más sorprendido de todos era su padre, quien, además estaba muy orgulloso de su hijo.

-Cuesta creer que Ciro haya logrado lo que yo no pude hacer -comentó el Sr. MacCormick con sus vecinos-. Pero me alegro porque finalmente pudo hacerlo.

El pan que hoy comemos está hecho con grano cosechado con máquinas como la que Ciro MacCormick perfeccionó.

Naturalmente, las máquinas cosechadoras de la actualidad difieren mucho de la máquina que Ciro llevó al campo de trigo de uno de sus vecinos hace 140 años. Sin embargo, no son más que copias, si bien muy perfeccionadas, de aquella máquina que se abandonó en el tinglado de herramientas, por inservible.

La fe en Dios y la determinación de llevar a cabo una empresa útil, siempre infunden esperanza donde parece haberse perdido. Y durante toda su vida, Ciro MacCormick nunca perdió de vista ese hecho.